

Un premio bien merecido

El Gobierno Nacional, de acuerdo al dictamen del correspondiente jurado, acaba de discernir los Premios Nacionales a la producción literaria y científica argentina durante estos últimos años. En el primer grupo (correspondiente a las obras de Historia, Filosofía y Ciencias Sociales, Políticas y Jurídicas) ha sido otorgado el primer premio al filósofo Francisco Romero, por su obra *Teoría del hombre*; el segundo al jurista Dr. Carlos Malagarriga, por su *Tratado elemental de derecho comercial*; y el tercero al historiador R. P. Guillermo Furlong, S. J., por su libro sobre el *Nacimiento y desarrollo de la filosofía en el Río de la Plata (1536-1810)*.

Dejando previamente constancia de nuestras reservas (compartidas por alguno de los miembros del jurado que actuó en esta ocasión) acerca de los inconvenientes y contrasentidos que supone tener que establecer una gradación entre obras que no pertenecen todas a una misma disciplina, sino a campos tan distintos entre sí como lo son la Historia, la Filosofía y el Derecho (por lo cual alguien propuso que, en lugar de "primero", "segundo" y "tercero" se dieran tres primeros premios, uno en cada materia) queremos detenernos en comentar con lógica satisfacción el galardón que ha venido a sancionar la paciente, erudita y esforzada obra de nuestro colaborador y antiguo Director, el Padre Furlong.

Académico de la Academia Nacional de la Historia, Presidente de la Academia de Geografía, y miembro de numerosas insti-

tuciones similares extranjeras, no es ciertamente un desconocido el historiador jesuita en los ambientes cultos de ambas Américas y de la vieja Europa. Muy extensa es la lista de sus libros, monografías y trabajos de investigación que en ocasiones han dilucidado definitivamente más de un punto de nuestra historia, o han reunido pacientemente, para facilitar el trabajo de quienes le sigan, valiosos materiales hasta entonces inéditos. La historia del período de dominación hispana en América, la historia propiamente argentina a partir de 1810, la historia de la Compañía de Jesús en estas tierras y especialmente en lo que respecta a las célebres misiones jesuíticas, deben no poco al incesante trabajo de este benemérito estudioso que, con más de cincuenta años de vida religiosa en la Compañía de Jesús, sigue incansable escribiendo, investigando, planeando y realizando nuevas obras.

El libro que hoy se ve laureado con esta máxima distinción nacional es un ingente volumen de 758 páginas, publicado en Buenos Aires en 1952 por la "Fundación Vitoria-Suárez" y editado con la pulcritud habitual por Guillermo Kraft. Con él ha abordado el P. Furlong un terreno hasta entonces prácticamente inexplorado, desconocido y, lo que es peor, deformado por la infaltable "leyenda negra" que presentaba a la llamada despectivamente "escolástica colonial" como un fárrago confuso de malas repeticiones de problemas abstrusos e inútiles, cerrada a todo lo que fuera auténtica especulación filosófica o progreso científico.

Fruto de prolija y larga investigación en archivos y bibliotecas, el libro del P. Furlong constituye, con lujo de documentación y erudición sorprendente, lo que un crítico calificó, con ocasión de su publicación, de "monumento de dimensiones nada vulgares, que impone una profunda revisión de los juicios peyorativos escritos a la ligera y con evidente falta de documentación por no pocos historiadores y cultores de la filosofía que se han venido ocupando de nuestro pasado colonial" (I. Quiles en *Ciencia y Fe*, n. 30, pág. 93).

En realidad hasta la aparición de esta obra —que quizá sea también la más importante entre las del mismo P. Furlong— nadie había estudiado en su conjunto, y mucho menos a fondo, la historia de la filosofía en nuestras tierras. En gran parte, ello se debió al casi total desconocimiento de las obras que encerraban esa filosofía, polvorientos mamotretos en latín, soterrados durante más de un siglo en archivos que son meros depósitos, o en casi inaccesibles bibliotecas de conventos provincianos. Pues bien, todo este material es el que ha reunido y utilizado, facilitando así la labor de sus continuadores, la paciente investigación del P. Furlong. Y como consecuencia de ello, de esta "experiencia del contacto inmediato con los documentos y con los personajes de nuestra filosofía colonial", nos puede presentar una visión de conjunto de la filosofía en el Río de la Plata en los siglos XVII y XVIII en la cual, junto con las deficiencias que no niega, aparecen superándolas valores innegables, encarnados en "grandes pensadores y hombres que por su modernidad nada tenían que envidiar a la posterior y actual situación de la cultura científica y filosófica de América".

Esta valoración justiciera de la filosofía escolástica en el período colonial, el repunte de la escolástica a fines del siglo XVIII, y su influencia en los pensadores y realizadores máximos de la Revolución de Mayo (nuestros próceres bebieron principalmente la doctrina del teólogo jesuita Francisco Suárez, y no la del "Contrato Social" de Rousseau como ingenuamente repiten nuestras maestritas y no tan ingenuamente los recientes inventores de la "línea Mayo-Ca-

seros"!...), todo esto constituye otras tantas aportaciones originales y definitivas que ha brindado a la historia de la cultura nacional la obra del P. Furlong.

Desfilan por las páginas de la obra del P. Furlong multitud de datos interesantísimos, desde el enterarnos de que los primeros libros de filosofía que probablemente llegaron al Río de la Plata fueron nada menos que de Erasmo y Vives (el primero, en poder del Adelantado D. Pedro de Mendoza cuando hizo la primera fundación), hasta el informarnos con detalle de los métodos de enseñanza, nómina de profesores, tesis sustentadas, etc., en el Colegio Máximo que la Compañía de Jesús tuvo en Córdoba desde 1613 y que constituyó, desde 1622, la primera Universidad que existió en tierras argentinas. Puede decirse que el P. Furlong ha reconstruido el panorama íntegro de lo que fué durante casi dos siglos la Universidad mediterránea, y que a través de este panorama queda puesto en evidencia que "la filosofía escolástica había llegado en esas aulas a una altura que no envidiaba a las más respetables universidades europeas de su tiempo", y que existió entre los escolásticos cordobeses del XVII, y sobre todo del XVIII, una continua inquietud por conocer y asimilar la "nueva filosofía" (Descartes, Gassendi, Leibniz) así como las nuevas adquisiciones de la ciencia. Ejemplo vivo de ello es el jesuita Thomas Falkner, que enseñó en Córdoba a mediados del XVIII y que había sido en Inglaterra uno de los discípulos predilectos de Newton. Por último, se iluminan a través de las páginas del P. Furlong esas figuras que tanto influjo intelectual tuvieron en los primeros años de nuestra vida independiente como lo son Diego Estanislao de Zabaleta, Valentín Gómez, Lafinur, Fernández de Agüero, etc.

En fin, basta lo dicho para dar siquiera a nuestros lectores una idea del mérito de la obra que hoy se ve distinguida con este galardón nacional. Ella honra a su autor, a la Compañía de Jesús y a la cultura argentina. Por todo ello nos alegramos con esta justa recompensa que recae sobre la obra de quien, además, ha sido y es, en todo momento, el más fiel y laborioso de los colaboradores de ESTUDIOS.

Por una Universidad mejor

A tout seigneur, tout honneur... No son pocos, quizá, los puntos en que disintimos ideológicamente con el profesor Risieri Frondizi, así como también alguna vez hemos manifestado desde estas mismas columnas nuestro desacuerdo con posiciones sostenidas, ante el problema universitario argentino, en las páginas de la revista *Comentario*. Sin embargo, ello no impide que hoy nos complazcamos en comentar y en hacer conocer a nuestros lectores —en justo reconocimiento a la verdad allí donde ella se encontrare, y con el sincero deseo de aunar esfuerzos en pro de un anhelo que debe sernos común a todos los argentinos de bien— las ideas contenidas en un artículo que, bajo el título de *La Universidad y sus misiones*, publica el profesor Frondizi en el último número de dicha revista.

Dicho sea de paso, con ello también quedará puesto en evidencia que, cuando desde las páginas de ESTUDIOS hemos hecho críticas más o menos severas a la actual Universidad estatal argentina, no eran ellas producto de apasionamiento o intereses "sectarios", puesto que ahora desde el campo diríamos opuesto, y por boca de uno de los profesores de más intensa actuación en esta nueva etapa de nuestra Universidad, se señalan con certera e implacable franqueza las mismas fallas y deficiencias de nuestra institución universitaria, y se proponen remedios que creemos urgiría adoptar.

No debe extrañar a nadie, pues lo único que significa es que los males y las insuficiencias de la actual Universidad criolla son palmarios para cualquiera que, sea cual fuere su ideología o su credo, tenga noción de lo que es una Universidad, haya conocido en otros países Universidades que merecen tal nombre, y tenga la honestidad intelectual de preferir la crítica sincera y constructiva, aunque a veces duela, al falso

patriotismo del autoengaño halagador que alaba y se complace en todo lo nuestro, por el solo hecho de serlo, y nos mantiene con los ojos vendados en el mejor de los mundos... imaginarios.

Vamos, pues, a señalar —en ocasiones sintetizando, en otras transcribiendo a la letra, pues hay párrafos que realmente no tienen desperdicio y difícilmente podría decirse eso mismo mejor— las críticas y soluciones que aporta Risieri Frondizi.

El primer punto negro que señala, ciertamente es todo un impacto en el blanco: el problema universitario no se arreglará con reformar por enésima vez estatutos, reglamentos, planes de estudios, etc., etc. El arreglo tiene que ir mucho más hondo: a modificar nuestra concepción misma —la de los profesores, la de los estudiantes, la de los gobernantes— tocante a *qué es y qué debe hacer una Universidad*.

Por no haber advertido esto, hasta ahora no se ha pasado de "planteamientos superficiales que incitan a buscar soluciones también superficiales". Escribe a este respecto el profesor Frondizi párrafos que merecen transcribirse y meditarse. Así, entre otros, éstos:

"La Universidad argentina ha malgastado gran parte de sus energías en la búsqueda de soluciones ingeniosas para las cuestiones administrativas..." "El espíritu formalista, que hemos heredado de los romanos a través de los españoles, nos incita a preocuparnos más por el reglamento que por la vida misma de la institución. Otros pueblos, en cambio, cuidan el desarrollo del organismo vivo y ajustan las reglamentaciones a las exigencias del crecimiento. La actual preocupación por el Estatuto Universitario, la forma de elección de las autoridades, el mecanismo del futuro gobierno universitario, y muchas otras de igual naturaleza, prueban que la Revolución Libertadora no ha logrado cambiar nuestro apego al formalismo".

Y dice luego con paladina franqueza esta "confesión" que quienes frecuentamos los ambientes universitarios sabemos que es un reflejo fiel de la realidad, aunque a veces en los discursos se diga otra cosa:

"Que la enseñanza sea escasa o nula tiene poca importancia. Tampoco importa que no se investigue en la Universidad, que se vuelva la espalda a las necesidades del país, que no haya profesores para atender decorosamente a muchas cátedras, que los estudiantes sigan repitiendo de memoria los gastados apuntes de años anteriores, que los propios profesores repitan esos mismos apuntes y los exijan en los exámenes, que no exista vida universitaria, que el título sea la meta principal de las actividades y el examen el objetivo inmediato".

Pronostica Frondizi —y suscribimos plenamente el pronóstico— que:

"Estas calamidades continuarán en vigencia mientras las autoridades, los profesores y los estudiantes no se convenzan de que la reforma no debe comenzar por la fachada, sino por la base".

Pues: "¿Cuántas veces se han modificado los estatutos, los reglamentos y los planes de estudios en los últimos cuarenta años? ¿De qué ha servido? ¿Por qué no ir, de una vez por todas, al fondo de la cuestión?"

"El fondo de la cuestión" está en que nuestra Universidad no responde a su misión como institución de cultura superior:

"Nuestras universidades son un conglomerado de escuelas profesionales. No son universidades en el pleno sentido de la palabra, porque no cumplen con las misiones fundamentales".

Aquí ha dado en el clavo. Y como tras la crítica viene lo positivo, veamos cómo concreta Risieri Frondizi las misiones que él cree competen a una auténtica Universidad. Son ellas, en este orden:

1) la *misión cultural*, que consiste en "la preservación del saber, de las formas superiores de la cultura". Este saber ha de conservarse vivo, no ha de ser "cultura de museo, o de manuales y apuntes que son también piezas de museo".

Hace Frondizi a este respecto una verdadera "radiografía" del producto típico de nuestras Universidades:

"En nuestras universidades —escribe— la cultura se mide por la cantidad de conocimientos que se posee. De ahí la vanidosa exhibición de conocimientos que hacen los profesores en las cátedras y la exigencia memorística en los exámenes".

"El universitario argentino es inculto porque sabe demasiadas cosas. El peso de los datos, las clasificaciones y los tratados lo agobian de tal modo que le impiden reaccionar por cuenta propia, con espontaneidad, frescura y sencillez... Los datos, clasificaciones y demás contenidos concretos de conocimiento son el andamiaje para formar la cultura: nuestros universitarios viven colgados del andamio".

Mientras no nos despojemos de estas actitudes, no es con cambios de planes de estudios que se arreglarán las cosas.

2) la *investigación científica*, en la que se incluyen todas las formas de creación cultural. (Tras la conservación del saber viene, pues, su incremento). Y aquí también es tajante:

"La universidad que no investiga, se transforma en institución parasitaria: tiene que vivir a expensas de las demás instituciones del mundo, a la espera incesante del correo..." "Por otra parte, si nuestras universidades no investigan, ¿a quién hemos de confiar el estudio de nuestra realidad física, social, económica, educativa?"

Todo esto es muy cierto. Y sin embargo la triste realidad es que

"...en nuestras universidades no se investiga, salvo casos excepcionales de hombres aislados, que se sostienen con su propio esfuerzo. No sólo no se investiga, sino que no se alienta la formación del espíritu necesario para el desarrollo de la ciencia. No se enseñan las técnicas de la investigación sino que se exalta, de palabra y de hecho, el valor del manual y del tratado".

Y más adelante aclara, al par que apunta al remedio:

"No se pretende, desde luego, que todos los profesores universitarios sean investigadores. Menos aún, que todos los estudiantes investiguen. Lo que se desea es que la investigación no esté ausente de la Universidad..." "El investigador se forma, por lo general, al lado de un maestro. En las disciplinas en que no tengamos investigadores

de calidad será necesario contratar maestros extranjeros, y no distraer luego su ministerio encargándoles cursos elementales. Ellos vendrán a formar investigadores y deben desempeñar sus tareas en los centros de investigación; la enseñanza, la cátedra deberá ser tarea secundaria".

3) la formación de profesionales que el medio necesita. En cuanto a esto, señala el profesor Frondizi algo que es obvio y que se ha señalado muchas veces y que, sin embargo, todavía parece no haberse abierto camino en la comprensión de gobernantes y dirigentes: que el vicio de la Universidad argentina consiste en haber atendido demasiado, casi podríamos decir exclusivamente, a este aspecto que, como vemos, sólo viene en tercer lugar; "el profesionalismo es uno de los vicios de nuestra Universidad". Es verdad que ha conseguido formar unos cuantos buenos médicos, abogados e ingenieros, pero aquí está precisamente el nudo de la cuestión: nuestra Universidad no parece haber sido —y de hecho no lo es, en la mente del común de las gentes— más que eso: una fábrica de médicos, abogados e ingenieros. Para comprobarlo basta comparar las cifras enormes de inscripciones en esas carreras, con las de las restantes carreras universitarias que casi nadie recuerda que existen.

"Los abogados, médicos e ingenieros —constata Frondizi— han sido durante años los universitarios por excelencia. Los tres responden a un fin y una formación profesional, y no cultural o científica. Como las universidades y demás instituciones de cultura han estado en sus manos durante tantos años, no se ha reparado en las demás misiones de la Universidad y se ha continuado en la exageración profesionalista".

Como consecuencias de este criterio señala, por ejemplo, que en la Facultad que se llama "de Derecho y Ciencias Sociales" la abogacía se ha "fagocitado" a las ciencias sociales; y hasta la fecha los estudios e investigaciones de la ciencia económica no se han independizado de algo tan profesional como es una Escuela de Contadores.

4) por último, compete a la universidad una misión social. Señala el autor las posi-

ciones posibles de una universidad frente a la sociedad que la rodea. Una es la del aislamiento, la torre de marfil:

"...el universitario vuelve la espalda a su medio y se encierra en sus preocupaciones y problemas. Con el tiempo el aislamiento se intensifica y la vida del mundo sigue un derrotero que nada tiene que ver con lo que sucede en los claustros".

Otra es la opuesta, la de la franca militancia política o ideológica:

"la universidad es una rueda del mecanismo total. Se mueve impulsada por engranajes exteriores. Es la universidad de Hitler, y la que intentó imponer Perón. Universidad servil, sin aliento propio, sin jerarquía moral".

Ni una ni otra están en lo cierto, sino que:

"Frente a estas falsas actitudes hay que defender la Universidad pero con responsabilidad social. No debe estar a las órdenes de un gobernante —ni de un partido político o ideológico— sino dispuesta a servir a la sociedad, al pueblo que la mantiene. No para proporcionarle lo que éste o aquélla exija por medio de sus voceros políticos, sino lo que necesite para su progreso, enriquecimiento y elevación material y espiritual. La Universidad no debe abandonar jamás su misión rectora. Si ella no la asume, la dirección de la vida superior del país caerá en manos de los partidos políticos, la prensa o las fuerzas armadas".

Tales son las cuatro misiones de la Universidad, según las concibe el profesor Frondizi. Y creemos que está en lo cierto. Y como, según sus propias palabras, "esta crítica está inspirada en el deseo de corregir los males universitarios y en la esperanza de que, con el esfuerzo de todos, realmente se corregirán" (¡Dios lo quiera!) no se queda allí, sino que pasa a "agregar algunas sugerencias concretas inspiradas en el deseo de poner fin al actual estado de cosas". Destaquemos, que bien lo merecen y es de desear lleguen a conocimiento de quienes puedan hacer algo para convertirlos en realidad, algunos de los párrafos en que sugiere los remedios:

"Una universidad se mide por la calidad de sus maestros e investigadores. Ni unos

ni otros se crean por decreto. Sólo si hay vocación, amor a la ciencia y espíritu de sacrificio podrá surgir un maestro e investigador. Estas condiciones son necesarias pero no suficientes. Necesitan de estímulo, ambiente cultural, laboratorios, bibliotecas, etc. La Universidad no puede crear vocaciones; tiene, sin embargo, la obligación de impedir que se pierdan las que existen. Todos los años se desperdician en nuestro país numerosas vocaciones por falta de interés de la universidad... Si se quiere tener alguna vez una universidad de jerarquía, será necesario atender cuidadosamente las vocaciones tan pronto como se descubran".

Para ello propone:

"Un plan racional de becas internas y externas, para estudiantes y graduados, será el mejor procedimiento para no malgastar esas vocaciones. Hay numerosos estudiantes que desearían consagrarse por entero a los estudios y no pueden hacerlo por razones económicas. Si efectivamente tienen las condiciones exigidas para el cultivo de las disciplinas científicas, la universidad debe proporcionarles becas o préstamos que les permitan abandonar el trabajo rentado que desempeñan y que, por lo general, nada tiene que ver con la disciplina que estudian. No propongo que se otorguen becas a todos los estudiantes que trabajan, sino a aquellos que merezcan este tratamiento privilegiado. Habrá que comenzar por quienes ofrezcan las mayores garantías vocacionales y de consagración al estudio y a la enseñanza superior, ya que se trata de formar, en primer término, investigadores y docentes universitarios".

"Quienes demuestran durante sus estudios que poseen las condiciones exigidas para consagrar sus vidas a la investigación y la enseñanza superior, deberán ser becados, tan pronto se gradúen, para realizar estudios de perfeccionamiento en los centros de investigación europeos y norteamericanos".

Mas, en el actual estado de cosas, no bastaría con esto sino que se impone una necesidad urgente, a la que no hemos de cerrar los ojos, como decíamos al comienzo, por un mal entendido orgullo nacional:

"A esta corriente emigratoria que irá a completar en el extranjero la formación de su personalidad científica y cultural, se opondrá otra de carácter inmigratorio que permitirá traer los maestros que necesitamos. Por razones de índole muy diversa

faltan en el país maestros e investigadores en disciplinas fundamentales. Si efectivamente se desea el progreso de la ciencia y la cultura del país, será necesario traer del extranjero los maestros necesarios para formar aquí el grupo de hombres que más adelante tendrá a su cargo el cultivo creador de tales disciplinas".

Y no basta traerlos, sino que hay que saberlos aprovechar:

"No deberá usarse a tales estudiosos en el desempeño de funciones rutinarias o elementales. Varios grandes maestros europeos, que han estado entre nosotros durante muchos años, no han contribuido en forma eficaz al progreso de la ciencia o la formación de las jóvenes personalidades creadoras, porque se han malgastado sus energías, o porque no se les ha proporcionado los laboratorios, bibliotecas y demás elementos indispensables para el cultivo de sus respectivas disciplinas. La mera presencia física de un investigador no transforma un ambiente; el investigador es lo que es, dentro de un clima cultural, que se necesita para que su labor sea fecunda".

Se extiende luego el profesor Frondizi en la enumeración de medidas ya más concretas y de detalle que contribuirán a su juicio a facilitar la auténtica labor universitaria, tales como, vgr., la división por departamentos, las materias optativas junto a las asignaturas básicas obligatorias, la supresión en lo posible de las clases magistrales, el destierro total de los manuales y apuntes mimeografiados, la supresión de los exámenes mensuales así como la del bolillero y cualquier otro procedimiento de determinación del tema del examen por medio del azar, etc. No hace a nuestro propósito extendernos en estas consideraciones de detalle, aunque sí queremos señalar, al pasar, cómo insiste en las mismas ideas que también oímos hace pocos meses al filósofo italiano Michele F. Sciacca al hablar de las universidades de su país (y que creemos, por lo demás, coinciden con las de cualquier universitario europeo) en cuanto a que:

"Se deberá poner fin, asimismo, a los cursos kilométricos o enciclopédicos que pretenden enseñar todo lo enseñable. Los cursos universitarios son intensivos y no ex-

tensivos. Intentar enseñar en la Universidad toda la historia de la literatura, pedagogía o filosofía, por ejemplo, es pretensión ridícula. Esa es función del manual que, en muchos casos, debe *concer el estudiante para poder realizar la faena propiamente universitaria, que consiste en el estudio intensivo de un tema o problema. Así conocerá el estudiante los métodos de trabajo, formará su espíritu crítico y forjará su personalidad cultural en el tratamiento directo con las fuentes primarias y la bibliografía crítica fundamental*".

Todo lo cual implica (¡y ojalá lo veamos algún día en nuestras Universidades!) *"actividad del estudiante, trabajo continuado durante todo el año, atención del profesor a las exigencias culturales de sus discípulos, formación de equipos de trabajo y de bibliotecas especializadas, etc."*.

Por último, señalemos nuestro total acuerdo con lo que propone el profesor Frondizi en cuanto a que:

"Será conveniente separar el grado de Doctor de cualquier título profesional y otorgarlo sólo a quienes hayan realizado intensos estudios de especialización y aprobado una tesis original en la que se demuestre vocación efectiva y demás exigencias para la labor creadora. Poseer el título de Doctor deberá ser en el futuro —salvo casos excepcionales que lo justifiquen— la primera condición para iniciar la carrera docente o de investigador".

Resulta curioso al par que satisfactorio señalar —pues ello demuestra que cuando hay honestidad intelectual y buena voluntad las convergencias son mayores de lo

que se piensa— la coincidencia de muchas de estas afirmaciones y exigencias del Dr. Frondizi con las que hace años viene señalando un distinguido profesor universitario católico, el Dr. Juan S. Lewis, como ideal a realizar en una futura Universidad privada que nacería así exenta de las fallas que desde sus comienzos han viciado la Universidad estatal.

Habría muchas otras ideas dignas de ser comentadas en este trabajo de Risieri Frondizi. Sólo nos hemos detenido en las principales y ello, lo repetimos, con la íntima satisfacción de encontrar en ellas verdades muy bien dichas y sugerencias que pueden ser fecundas y salvadoras. Hemos de saber aplaudir lo bueno, dondequiera se halle y sean o no de nuestras ideas quienes lo realizan. Y así como hemos señalado —y seguiremos señalando, todas las veces que ello sea necesario— los hechos y conductas que consideramos censurables en algunos de los hombres que influyen hoy en la Universidad nacional, así también nos complacemos en ponderar y difundir estas ideas del doctor R. Frondizi y deseamos sinceramente, que, si en estos momentos tiene gravitación e influencia en la orientación de la vida universitaria nacional, pueda conseguir que todo esto sea realidad para bien de la Universidad argentina —que debe preocuparnos por igual a todos— y de la patria misma que se beneficiará inmensamente si logra acercarse, por lo menos, al ideal de una Universidad digna de tal nombre.